

Al-Qaeda y la política internacional: una reflexión teórica*

RAFAT GHOTME**

Artículo recibido: 10 de enero de 2012
Artículo aprobado: 2 de marzo de 2012

Para citar este artículo: Ghotme, R. (2012). Al-Qaeda y la política internacional: una reflexión teórica. *Desafíos*, 24 (2), pp. 193-232.

Resumen

A través del estudio de la relación entre los actores no estatales y los Estados, se pretende analizar el papel de al-Qaeda en la política internacional. Se sostiene que al-Qaeda intenta o tiene la capacidad de promover o acelerar cambios en la estructura de poder, donde sobresale la hegemonía norteamericana y la búsqueda del equilibrio por parte de diversos actores, que implementan estrategias asimétricas como respuestas contrahegemónicas.

Palabras clave: *al-Qaeda, estrategias asimétricas, hegemonía, equilibrio del poder, Estados Unidos*

* Este artículo es un extracto de la investigación llevada a cabo por el autor y titulada *La reconducción estratégica de al-Qaeda: ¿del liderazgo de Osama bin Laden a la dimensión masiva-popular?*, cuya primera parte, con ese mismo título, aparece en la revista *Civilizar* (2012). En esta segunda parte se presenta una síntesis del marco teórico que guio la investigación. En gran medida, también, los temas aquí planteados ya fueron expuestos en las clases de Sistema Internacional, impartidas por el autor entre enero y diciembre de 2011 en el Programa de Relaciones Internacionales de la Universidad Militar Nueva Granada, Colombia.

** Doctorando en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: rafat.ghotme@unimilitar.edu.co

Al – Qaeda and the international politics: a teorical Reflection

Abstract

Through the study of the relationship between non-state actors and states, is pretended to analyze the role of Al-Qaeda in international politics. It is argued that Al-Qaeda tries or has the ability to promote or accelerate changes in the power structure, where stands the American hegemony and the pursuit of balance by various actors, implementing asymmetric strategies as counter-hegemonic responses.

Keywords: *al-Qaeda, asymmetric strategies, hegemony, balance of power, United States*

Al-Qaeda e a política internacional: uma reflexão teórica

Resumo

Através do estudo da relação entre os atores não estatais e os Estados, se pretende analisar o papel da al-Qaeda na política internacional. Se sustêm que al-Qaeda tenta ou tem a capacidade de promover ou acelerar mudanças na estrutura de poder, onde sobressai a hegemonia norte-americana e a procura do equilíbrio por parte de diversos atores, que implementam estratégias assimétricas como respostas contra-hegemônicas.

Palavras chave: *al-Qaeda, estratégias assimétricas, hegemonia, equilíbrio do poder, Estados Unidos*

Introducción

Al-Qaeda, un actor no estatal de la violencia internacional, está enfocado en el derrocamiento de los regímenes *apóstatas* en sociedades que son vistas como desviaciones del Islam *verdadero*, y el ataque frontal a los *infieles*, los Estados Unidos y sus asociados, a quienes se les denuncia por apoyar a esos regímenes, ocupar suelo musulmán y expoliar sus riquezas. Una forma particular de resistencia violenta logra desviarse normalmente hacia el *terrorismo* internacional. La violencia terrorista, sin embargo, es apenas uno de los diversos aspectos que definen la naturaleza de al-Qaeda. Es mejor pensar en al-Qaeda como un movimiento político y de resistencia antiimperialista, con una ideología religiosa, cuyo alcance cubre una doble dimensión regional e internacional, y que, finalmente, utiliza las prácticas de la violencia terrorista para conseguir sus fines. La estrategia de al-Qaeda, por tanto, es inseparable de su más amplia dinámica islamista y de la geopolítica internacional, así como del uso de la violencia colectiva como instrumento deliberado de sus líderes.

Una forma de abordar este tipo de actor no estatal, tal y como se pretende en este estudio, es tratando de generar una *relación* satisfactoria entre las teorías realistas de las relaciones internacionales y el papel que desempeñan los actores no estatales en el sistema de Estados. Hasta este momento, los enfoques Estado-céntricos de las relaciones internacionales carecen de tal marco de comprensión (como afirma Jervis, 2009, p. 203), y en ello puede contribuir el hecho de que los mismos actores en cuestión presentan una naturaleza muy diversa —desde Greenpeace hasta Hamás—, que los relega del estudio de la política internacional, acostumbrado más bien a patrones de identificación comunes al Estado. Justamente el actor no estatal que mayor impacto ha tenido en el sistema interestatal ha sido el de los movimientos de resistencia que usan la violencia terrorista. Si la existencia de al-Qaeda se nutre de un discurso antiimperialista, es decir, dirigido contra la política exterior norteamericana hacia el Medio Oriente, lo primero que debemos hacer es encontrar un enfoque *viable* que incorpore a los actores no estatales en la lógica de la política del poder internacional. Este tipo de enfoque es, necesariamente, más incluyente y permite capturar la realidad actual de los diversos fenómenos y actores que influyen

en el comportamiento internacional de los Estados (como sugieren Viotti y Kauppi, 2009, pp. 14 y ss.).

La dinámica del poder mundial que sustenta esta relación compleja entre los actores no estatales y el sistema de Estados cumple con cuatro principios *realistas*:¹ en primer lugar, los Estados siguen siendo los principales actores en el sistema internacional; en segundo lugar, los actores no estatales pueden depender ampliamente de los Estados y ser forzados por estos a seguir un curso de acción, mientras los debilitan, pero también pueden revitalizarlos —v. gr. Hizbullah o algunas multinacionales petroleras— (Holsti, 1994; Jervis, 2009). Una amplia diversidad de actores internacionales, en este sentido, tienen campos de acción bastante dispares, y no menos dispersos según se conciba en un mundo conflictivo, desigual (pobreza, hambrunas y enfermedades) y degradado ambientalmente. Al-Qaeda, sin embargo, solo es cobijado mínimamente por el segundo principio (ver el cuarto principio).

En tercer lugar, la esencia de un actor no estatal está definida según criterios realistas relacionados con la geoestrategia y la política del poder modernas. ¿Es suficiente con aceptar que al-Qaeda se define como una red dispersa y no jerárquica de poder, ya sea que la distingamos como una horda de psicópatas del terror, o ya sea que la percibamos como un efecto reactivo de la globalización o del capitalismo? A este respecto se exagera mucho. Desde el nivel de análisis individual hasta el del sistema internacional, los miembros de al-Qaeda aparecen como actores con una táctica racional y una estrategia combinada que se nutre de la ideología islamista y del conocimiento profundo de la realidad geopolítica mundial. Así, la globalización, como generadora de una red de comunicaciones mundiales, no constituye más que un instrumento al servicio de la estrategia *yihadista*; y si la consideramos como una red de *gobernanza* global, a lo sumo podrá dar explicaciones satisfactorias para las dinámicas de relaciones entre los actores

¹ Los cuatro principios que aquí se presentan son parte de mi propuesta *realista* y se asumen como hipótesis por desarrollar para un marco general de las relaciones entre los actores no estatales y los Estados. Tales principios se fundamentan, aunque bien no son sus planteamientos, en la obra de teóricos realistas, como veremos en el desarrollo de cada uno de ellos.

sub-estatales, los Estados y las organizaciones intergubernamentales en el marco de los problemas comunes y las salidas *legítimas* de los grandes Estados, los cuales siguen controlando estas redes esporádicas.² La naturaleza de al-Qaeda, por tanto, presupone una dinámica distinta.

Y en cuarto lugar, cuando los actores no estatales adquieren un grado de independencia considerable, como es el caso de al-Qaeda en la frontera afgano-paquistaní o en Yemen —o cuando algunas multinacionales pueden influenciar a algunos Estados débiles o poderosos, y Greenpeace, Amnistía o Wikileaks tratan de cambiar el curso de algunas políticas estatales—, estos grupos desempeñan un papel muy importante, gozan de un reconocimiento internacional, y llegan a ser considerados como agentes capaces de promover algún tipo de alteración en la estructura de poder del sistema internacional, sin que ello los lleve a derrumbar el sistema de Estados. Al-Qaeda, en este último sentido, ¿debe ser interpretado como un catalizador de las tendencias que presenta el sistema internacional contemporáneo, es decir, del afianzamiento de la hegemonía norteamericana, utilizando para ello el *pretexto* de la guerra global contra el terrorismo? O, mejor, ¿hacia nuevas formas de relaciones de poder entre los Estados, donde justamente el desafío al orden mundial llevado a cabo por al-Qaeda y la subsiguiente guerra global contra el terrorismo han impulsado a los diversos competidores a buscar mecanismos de equilibrio para compensar la *política de poder* norteamericana?

Aunque las explicaciones *políticas* de un fenómeno político son preponderantes en este estudio —la estructura de poder, las relaciones de poder y el desafío al orden mundial, además de la concepción de al-Qaeda como un movimiento integrante de la modernidad política—, vale la pena antes dar cuenta de algunas otras explicaciones referentes a la relación entre al-Qaeda y los Estados. Sobresalen, en primer lugar, los enfoques sistémicos de la economía-mundo capitalista, como el de Wallerstein (1998, 2004, 2005), y aquellos que, siguiendo tales manifestaciones del *capital*, como Bergesen y

² Para una perspectiva “globalista” de los actores no estatales, véase, principalmente, Slaughter (2004, pp. 18-23, 261-271); Keck y Sikkink (1998); Mallaby (2004); y Williams (2002). Una crítica realista del enfoque globalista en Kenneth Waltz (1999).

Lizardo (2004), se basan en determinantes sociológicas globales. En términos generales, estas tendencias sostienen que las relaciones de dominación global de las principales sociedades capitalistas —el imperialismo— generan formas de resistencia antisistémicas en el justo momento en que empiezan las fases del declive hegemónico. Los grupos de resistencia, por tanto, son concomitantes a la fase del declive, que se aprovechan de la vulnerabilidad del *enemigo*. En el medio de estas tendencias aparecen explicaciones culturalistas y civilizacionales, como las de Edward Said (2008 [1978]; 2001) y las de Samuel Huntington (1997) y sus epígonos (Fallaci, 2006; Barnavi, 2007), y las escuelas *fundamentalistas*, donde sobresale la tendencia revisionista de Tariq Ali (2005), y algunas otras explicaciones en diversos niveles de análisis. Si, por un lado, los partidarios de los enfoques culturalistas sostienen que las relaciones de poder que se establecen por la representación del *otro* a través de la cultura o la civilización, sometidos a una condición de “bárbaros”, los revisionistas, por otro lado, desbaratan estas pretensiones aduciendo que tales *representaciones* no son más que manifestaciones fundamentalistas de una expresión ideológica de dominación. Retomando a Wallerstein, la esencia de un actor no estatal internacional, como al-Qaeda, ¿no se explica mejor a partir de las dinámicas socioeconómicas que determinan la política internacional, enfocadas en las transiciones hegemónicas derivadas de las crisis cíclicas del capital?

Un muy útil punto de partida para este ensayo es el que presentan los partidarios de las estructuras de poder unipolar (Jervis, 2009; Ikenberry, Mastanduno y Wohlforth, 2009; Nye, 2010; Haass, 2008; Thayer, 2006). Según Jervis, por ejemplo, la estructura unipolar que presenta el sistema contemporáneo refleja diversas situaciones donde el único polo de poder dominante, los Estados Unidos, ha logrado perpetuarse: una comunidad de seguridad, en la que los aliados occidentales no se temen entre sí, aunque Rusia y China puedan representar una amenaza; la existencia de armas nucleares en poder de las grandes potencias, lo que favorece la estabilidad mundial; la presencia de normas y valores liberales y capitalistas que suponen que la hegemonía norteamericana es más “benevolente”; y, finalmente, la amenaza terrorista. Sobre este último punto, se cree —con razón—

que los actores no estatales aparecen en un contexto anterior a la unipolaridad, pero donde adquirieron mayor relevancia justamente porque los Estados Unidos vieron disminuidas las amenazas a su seguridad provenientes de otros Estados con menores capacidades de poder; en ausencia de equilibrios contrahegemónicos, los *terroristas* deciden *tomar las armas*. En otras palabras, si bien la violencia terrorista no es una característica distintiva del momento unipolar, los grupos de resistencia pueden *subrayar* el enorme poder de la potencia en cuestión: critican, combaten y vuelven el centro de sus descontentos, la gran capacidad de poder norteamericano, la forma como lo usa y su presencia “intrusa” en el mundo musulmán. A través de la amenaza terrorista, finalmente, Estados Unidos consiguió delinear una política exterior característica del momento unipolar actual, esto es, como una justificación de la expansión de su hegemonía “benevolente”, pues supuso que los demás Estados verían la guerra contra el terrorismo como una oferta más de bienes colectivos tendientes a reforzar la seguridad internacional.

El argumento que se presenta en este artículo, sin embargo, es el siguiente: al-Qaeda, como actor no estatal, es incapaz de transformar el *sistema* internacional dominado por los Estados, y, de hecho, los atentados del 11/S y los sucesivos ataques no representaron ningún trastorno significativo en ese sentido; el equilibrio y la hegemonía seguirán siendo los mecanismos dominantes de las relaciones internacionales, mientras los actores no estatales son y continuarán siendo incapaces de adquirir y dominar los recursos de poder con que cuentan los Estados. Son capaces, sin embargo, de —o por lo menos lo intentan— *promover o acelerar* la transformación de la *estructura* de poder imperante en el sistema internacional, es decir, el de la unipolaridad y la hegemonía de Estados Unidos. Después de todo, ¿la resistencia, la oposición o las respuestas asimétricas no son también formas de equilibrio? Contrariamente a lo que sostienen los enfoques de sistemas de economía-mundo capitalista, creemos que los grupos de resistencia antisistémicas suelen adquirir preponderancia en momentos en los cuales la potencia hegemónica lleva a cabo prácticas de dominación imperial, en una etapa álgida de su poder, y no necesariamente cuando se encuentra declinando, en un momento de crisis capitalista. Pero a

diferencia de los defensores de la hegemonía norteamericana actual (1991 hasta el presente), afirmamos que el sistema internacional contemporáneo (desde los años 2001-2003 hasta hoy) se caracteriza por presentar las características habituales de una fase de transición hacia el equilibrio entre los competidores, donde Estados Unidos se ha enfrentado a los costos de su propia “sobreexpansión” imperial y al aumento de las capacidades de los demás actores. En ese proceso los Estados y los actores no estatales —particularmente al-Qaeda— han usado además tácticas de poder asimétricas para socavar la preponderancia norteamericana. Como consecuencia de estas respuestas asimétricas contrahegemónicas de al-Qaeda, los Estados Unidos han implementado estrategias preventivas que, a su vez, llevan a los demás Estados a oponerse y a resistir la forma como los norteamericanos usan su poder en el mundo, empleando aquellos igualmente respuestas asimétricas, la *intención* de incrementar sus capacidades, o simplemente tipos de diplomacia “suave”. Las hegemonías, benevolentes o no, compelen tarde o temprano a la búsqueda del equilibrio.³

Al-Qaeda no es ni mucho menos el principal catalizador del declive de la hegemonía norteamericana, y tampoco va a afectar el tablero de la polaridad, en el sentido de que vaya a convertirse en un actor estatal —un califato— que promueva un equilibrio nuevo entre Occidente y el mundo musulmán. Pero incluso en ese proceso, el papel de al-Qaeda en el descenso de la hegemonía y el ascenso de las relaciones de equilibrio, más bien, ha contribuido a acelerar esta tendencia. En este estudio, por tanto, indicaremos que la mejor explicación de la relación entre al-Qaeda —un actor no estatal— y los Estados se encuentra específicamente en la asociación del Islam Político a la estrategia realista (tercer principio) y a la política internacional (cuarto principio). Y a pesar de que un actor no estatal, como al-Qaeda, puede influir en el comportamiento de los Estados, a través de estrategias y respuestas asimétricas, en medio de ello seguirán predominando los Estados y la búsqueda de relaciones hegemónicas y de equilibrio entre ellos.

³ Sobre las causas y el proceso del declive de la hegemonía norteamericana y el equilibrio mundial, ver Ghotme (2011). Más adelante se retomará este proceso.

Definiendo a Al-Qaeda como un actor no estatal⁴

Los actos de al-Qaeda difícilmente pueden identificarse con una causa única. Como es usual en estos casos, las explicaciones del comportamiento humano se definen mejor a través de diversos niveles de análisis. Aunque vayamos a darle preponderancia al nivel de análisis del sistema internacional, vale la pena detenernos un momento en los niveles de análisis del individuo y el nivel de la sociedad o del Estado (Brown y Ainley, 2009, cap. 4; Viotti y Kauppi, 2009, cap. 2).

El nivel de análisis individual

En el nivel de análisis individual, según el cual el énfasis está puesto en los “terroristas”, los estudiosos se han dedicado a aplicar conceptos provenientes de la psicopatología clínica para entender la acción, el pensamiento o la conducta de los principales protagonistas de la violencia terrorista (cfr. Hudson, 1999; Reich, 1990; Benjamin y Simon, 2002). La más importante conclusión que se extrae de estos estudios es que los individuos implicados en el terrorismo están mentalmente perturbados. Un complejo conjunto de desórdenes patológicos mentales, desequilibrios químicos en el cerebro y una niñez atravesada por la brutalidad de sus padres, llevan a algunos terroristas a rebelarse, finalmente, a través de una proyección de sus sentimientos de frustración y venganza, contra la figura del Estado y la sociedad.

Nada más exagerado. Aparte del hecho de que sí se pueden encontrar algunos individuos con alguna patología mental, lo más común es encontrar que la mayoría de los “terroristas” sean personas normales. Desde el punto de vista de las motivaciones individuales, es más seguro que los jóvenes radicalizados estén estimulados por el amor propio, las emociones de una vida arriesgada o por la necesidad inherente de convertirse en defensores de su comunidad; es cierto que en muchos casos son jóvenes con pocas expectativas de una vida social normal (Sasson, 2009; Viotti y Kauppi, 2009), movidos a buscar

⁴ Los lectores que quieran pasar directamente al estudio de al-Qaeda y la política internacional pueden omitir esta sección e ir al apartado “Las interpretaciones realistas” (pp. 209 y ss).

reconocimiento, pero en el caso de los principales miembros de al-Qaeda estas motivaciones van mucho más allá: se trata de hombres provenientes de familias de clase media o alta y con un gran nivel de educación (Mann, 2004).

En este punto es preciso trasladarse al campo de la psicología social (Viotti y Kauppi, 2009, pp. 260-261). Los individuos se relacionan e interactúan de acuerdo con un sentido grupal o social. En el caso de los miembros de al-Qaeda encontramos muchos integrantes de la organización que han viajado a Occidente, se reúnen en mezquitas y terminan por adoptar una ideología radical islamista como parte de una nueva identidad en la que consiguen desprenderse de sus vidas anteriores (Roy, 2003, 2007). Por otra parte, los análisis de *redes organizacionales* (Arquilla y Ronfeldt, 2003) y de *movimientos-redes* sociales (Snow y Benford, 1992; McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Stepanova, 2008) buscan entender el marco en el que las organizaciones como al-Qaeda operan estratégicamente y las estructuras sociopolíticas que les permiten seguir un curso de acción; incluyen los diversos nodos y redes locales que determinan la comunicación sin necesidad de un mando central o una jerarquía, proceso circunscrito a la globalización de las comunicaciones.⁵ Cualquiera que sea el mecanismo de cohesión, sin embargo, es evidente que al-Qaeda no funciona como una red no jerárquica; el vínculo con los grupos locales radica en la estrategia de expansión y descentralización arriba-abajo creada por la base central de Al-Qaeda, donde las redes o células tienen cierta autonomía, pero están completamente *determinadas* por el liderazgo y su adaptación de la ideología islamista en una vertiente internacionalista, revolucionaria y violenta de la organización. El papel del individuo, por tanto, ha sido más importante desde que algunos de ellos, como bin Laden primero, y al-Zawahiri después, decidieron adoptar —y de hecho implantaron— una versión distinta del Islam Político contemporáneo.⁶

⁵ Estas tendencias fueron expuestas y rebatidas con mayor amplitud en otra parte (cfr. nota 1).

⁶ Cfr. *infra* nota 1.

El nivel de análisis estatal-social

En un nivel de análisis más amplio, el de las sociedades o el Estado-nación, se ha sugerido que el terrorismo islámico internacional es la consecuencia del descontento popular y el desempleo producido en países con regímenes autoritarios, seculares y antiliberales, y en algunos casos del fracaso estatal, como Afganistán, Somalia o Sudán; paralelamente, los “terroristas” se adhieren a formas de identidad religiosa que no tienen más remedio que asumir la violencia fundamentalista unida a una cosmovisión antimoderna de la vida social. Los islamistas radicales son entonces *esencializados*.⁷

Sin embargo, este tipo de análisis incurre en algunas fallas fundamentales. La primera consiste en desplazar una realidad —la del islamismo político— hacia formas antimodernas que difícilmente puede lograr fusionar religión con política. El islamismo político, por una parte, en el momento en que surge para rechazar el nacionalismo secular, lo hace en nombre de una visión diferente del orden social derivada de la ley islámica y dirigida a la refundación de un nuevo Estado; pero más importante es el hecho de que, por otra parte, los islamistas acogen instituciones y tecnologías —normalmente creadas en Occidente— adaptándolas a sus valores y creencias. Asociada a la idea de un mundo secular derivado de la Ilustración, la razón y la soberanía moderna estatal, que desplazó a la religión hacia las esferas de la vida privada, la modernidad política en Occidente —y el cientifismo que traía consigo— presumió que la idea de la mezcla entre religión y política era algo particularmente peligroso; pero el islamismo político aparece justamente como una forma específica de la modernidad donde la religión ha vuelto a desempeñar un papel crucial, en algunos casos como reacción a la secularización (Mandaville, 2009, p. 113; Berger, 1999; Asad, 1993; Laidi, 1998). De modo que es mejor pensar que los diversos movimientos que se agrupan bajo la denominación de Islam Político atraviesan por una crisis de identidad o autenticidad que buscan superar mediante la recuperación del Islam como vector *positivo*, para reencontrarse con “una subjetividad maltratada y abrirse

⁷ Este tipo de argumentos modernistas ha sido particularmente vulgarizado y popularizado por el periodista Thomas Friedman (2002); desde la ciencia política, ver Huntington (1987); Graff (2010); Cohn (2010); Boucek (2009); Ng (2011); Campos y Gassebner (2009).

plenamente a la modernidad” (Ghalioun, 1999, pp. 59-60, 66). Esencialmente, el islamismo político es una forma de ser modernos sin necesidad de ser occidentales (Mandaville, 2009, p. 103).

Al-Qaeda, una manifestación del Islam Político contemporáneo (véase, al respecto, Ayubi, 1996; Campanini, 2003; y Saleh Alkhalifa, 2007), al igual que otros grupos islamistas radicales, pero no violentos, tienen en común la ideología y la creación de un Estado islámico; se diferencian, sin embargo, en que el primero ha decidido adoptar un programa radical e inspirado en el pensamiento *tawkefir*, esto es, atribuirse el derecho de concentrar y reclutar a todos los grupos menores para llevar a cabo la *yihad* global, y atribuirse el derecho legítimo —por medio de *fatwas* o enunciados legales— para sus propósitos (Farrall, 2011). Al-Qaeda y otros grupos islamistas no violentos también heredaron el ideario del islamismo anticolonialista de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, pero a diferencia de estos Al-Qaeda incorporó y combinó las versiones *salafistas* saudíes y puritanas egipcias del islamismo político, trascendiéndose a sí mismos hacia un espacio transnacional. Y aunque los factores que se encuentran al nivel de la sociedad —el secularismo y el autoritarismo, para citar los principales ejemplos— son fundamentales para entender la razón de ser de Al-Qaeda, justamente estas variables internacionales son indispensables para completar nuestro marco de comprensión.

El nivel de análisis del sistema internacional

Los tipos de prácticas nuevas en el terrorismo islámico internacional, tales como las redes sociales internacionales, las ideologías o *bloques* religiosos, y los objetivos y la violencia indiscriminada globales, son todos aspectos que también están en directa relación con el entorno internacional. A diferencia de los movimientos clásicos jerárquicos y localizados, aunque bien tuvieron manifestaciones internacionales —esto es, dirigidos a objetivos de tipo colonial en los siglos XIX y XX, o el terrorismo anárquico de 1880 a 1914—, el nuevo tipo de *terrorismo global* manifiesta formas que, en muchas escuelas, están relacionadas con el proceso de *globalización* o con las representaciones de la cultura o las civilizaciones.

En términos generales, el vínculo del terrorismo internacional con la globalización se interpreta de un modo causal. El terrorismo aparece como un movimiento defensivo, reaccionario y solidario contra las fuerzas globales que impulsan los cambios económicos y culturales; en ese caso, la globalización genera efectos negativos. Al-Qaeda, asimismo, aparece como la expansión del *tribalismo desintegrado*, una reacción fundamentalista de las tribus arabo-musulmanas que en algún momento deciden internacionalizarse; la solidaridad tribal —atada por los lazos de parentesco— se reagrupa e internacionaliza para combatir la modernización, la cultura y la economía capitalista globales (Barber, 2001; Hoffman, 2002. Cfr. Robertson, 1992; Sklair, 1995; Sassen, 1998; Boliy Thomas, 1999; Tomlinson, 1999).

Una manifestación de los *tribalismos internacionales* resulta sencillamente exteriorizada en bloques civilizacionales. Los discursos y las prácticas de la representación del *otro* han enfatizado en el papel que desempeñan la cultura y la religión en la formación de tales bloques. Antes que Huntington, Edward Said consideraba el gran papel de la cultura en el mundo colonial y poscolonial, donde la cultura, a través de la implantación de la literatura, las representaciones artísticas y el imaginario popular sobre los pueblos colonizados, permitía crear las condiciones para construir una identidad excluyente nosotros/otros como la base de las relaciones entre distintas sociedades. Este proceso lo llevó a cabo Occidente mediante la *representación-subjetivación* del Otro oriental, creándole una connotación negativa en sus manifestaciones artísticas, de hombre inferior que merecía ser sometido o civilizado. El mundo colonial recibió esta herencia negativa de exclusión sistemática que luego se materializaría mediante la resistencia poscolonial en el Oriente (Said (2008 [1978]; 2001). Los estudios *orientalistas*, en fin, asumen que la cultura y el poder están estrechamente vinculados en la consolidación de *un* orden mundial.

Asimismo, la idea de Huntington (1997) de que las civilizaciones y las religiones constituyen los bloques esenciales de la política mundial, representa al Islam como algo estático, inmutable y abstracto, que difícilmente puede encajar en las experiencias actuales o en la realidad pasada. Aquello que Huntington presenta como civilizaciones son, por

el contrario, esencialmente, grupos sociales que a través de la historia han sido muy diversos y culturalmente heterogéneos. ¿Es posible detectar las fuentes del conflicto en una representación de la realidad tan abstracta y reducida a simples connotaciones culturales y religiosas? (Mandaville, 2009, pp. 114; Hall y Jackson, 2007; Todorov, 2008, pp. 129-135). Con una perspectiva unilateral, pues, las obras de Said y de Huntington terminaron por sentar las bases de una cultura de dominación que fue rápidamente aprovechada por algunos sectores de la elite norteamericana y occidental, relacionadas con la representación del otro “fundamentalista”. Sin embargo, los “fundamentalismos” pueden adquirir cualquier signo de pensamiento o ideología vinculada a su *única* forma de verdad —no necesariamente religiosa—, que a su vez se relacionan con modelos discursivos de dominación; en el mundo contemporáneo, por tanto, los fundamentalismos van desde la economía neoliberal y el neoconservadurismo norteamericanos, hasta el islamismo militante de Osama bin Laden o las manifestaciones extremistas de algunas cofradías judías y cristianas (Ali, 2005; cfr. Pieterse, 1994, pp. 2-6; Mandaville, 2009).

Volvamos a la globalización. Ya vimos que privilegiar las afiliaciones religiosas y culturales como formas de identidad única, por encima de otras categorías, conlleva problemas para entender las raíces del conflicto o las resistencias globales; no se es terrorista o violento por ser de una religión o cultura. También puede haber motivos de queja provenientes del grado de desarrollo, la inequidad o las injusticias sociales (Mandaville, 2009, p. 119). Las explicaciones sociológicas de la globalización, como veremos, consideran que tales dislocaciones provienen desde *fuera*.

Las teorías de la política-sociedad mundo creen que las sociedades empiezan a racionalizarse como consecuencia de un proceso arriba-abajo, donde las variables de la política mundial moderna, las normas, expectativas y la forma como se percibe la realidad, erosionan las prácticas tradicionales de la política y la cultura en una sociedad local (Soysal, 1994; Meyer, Boli, Thomas y Ramírez, 1997; Ramírez, Soysal y Shanahan, 1997; Boli y Thomas, 1999; Frank, Hironaka y Schofer, 2000). Bergesen y Lizardo (2004), en una perspectiva si-

milar, consideran que las acciones y los problemas internacionales se explican como parte de una fuerza social global. La propuesta de la lógica-global (*globological framework*) de Bergesen y Lizardo es análoga al marco analítico *sociológico* de Durkheim en el que los eventos sociales se perciben como realidades colectivas distintivas que existen como hechos sociales sui géneris. Siguiendo esta interpretación, el terrorismo internacional es un hecho social *globológico* que sigue la estela durkheimiana según la cual los hechos sociales deben tener explicaciones sociológicas, y, por tanto, un hecho social internacional debe tener una explicación *globológica*. Adicionalmente, estos modelos globales de la acción racional, junto con sus normas culturales concomitantes, se llevan a cabo paralelamente con el auge del terrorismo internacional —o cualquier otro fenómeno social internacional— en la medida en que aparecen como una reacción necesaria al proceso de infiltración de la globalización del capital (Bergesen y Lizardo, 2004, pp. 38-52; Bergesen, 1990; Durkheim, 1988).

Son las fuerzas globales, por tanto, las que suponen un grado de dislocación y las resistencias sociales que tal implantación genera. Aunque este tipo de teorías tienen el mérito de adaptar una explicación sistémica a las condiciones sociales de cada región, ¿pueden dar cuenta, sin embargo, de otros tipos de efectos, como la posibilidad de que la globalización también genere integración y comunicación dirigida a disipar el terrorismo? En fin, ¿ofrecen pautas suficientes que prueben que el terrorismo esté asociado a las fuerzas sociales emanadas de la globalización?

Si la globalización es un término que condensa las innovaciones tecnológicas en comunicaciones y transportes, una economía liberal y una cultura globales, quizás los islamistas radicales asumirían una versión distinta de este fenómeno; pero aparte del hecho de que la globalización no es la causa del islamismo internacional —más bien la utiliza—, ella se ha transformado en otra forma de referencia a la *americanización* (Johnson, 2004a, 2004b).

El sistema mundo-capitalista y la política del poder mundial

Los teóricos del sistema mundo capitalista han desarrollado ideas similares en una perspectiva económica, donde surgen fuerzas que toman la forma de movimientos antisistémicos —léase anticapitalistas o antiimperialistas, y que asumen un carácter religioso-fundamentalista— (cfr. Jurgensmeyer, 2000).

Un aspecto relevante de la correlación entre el sistema capitalista y el “terrorismo” es el que se da en el momento del declive de una potencia hegemónica y la subsiguiente implementación de prácticas imperialistas: el terrorismo aparece, en distintas fases históricas donde ha habido competencias por la hegemonía, la carrera colonial y la globalización del capital (por ejemplo, a fines del siglo XIX con el declive británico, y a fines del siglo XX con el declive norteamericano), en zonas semiperiféricas del sistema internacional capitalista (Wallerstein, 1998; 2004; 2005. Cfr. Bergesen y Lizardo, 2004, p. 47). En la actual fase de expansión global del capital, tanto su forma reproductiva como la acumulativa expresan desplazamientos hacia otras regiones que luego compiten contra la hegemonía norteamericana (Arrighi y Silver, 2000). Para recuperar o mantener su posición, los Estados Unidos se ven compelidos a reafirmarse en esas regiones violentamente. Donde hay declive hegemónico, se desciende hacia la inestabilidad mundial, y el terrorismo internacional es un indicativo del creciente desorden sistémico. Por tanto, en las fases de transición hegemónica —la norteamericana actualmente—, el ambiente se hace propicio para la entrada del agente terrorista como un actor reactivo y violento que ve fácil atacar a sus enemigos en franco declive.

Para Wallerstein, el declive norteamericano es un proceso largo que se inició con las crisis del capitalismo y la geocultura de la dominación a partir de 1967-1973, y que continúa gestándose actualmente hasta que se desate una guerra mundial sistémica que logre perpetuar al competidor por la hegemonía. De ese modo, cuando ocurrieron los atentados del 11/S en el 2001 los Estados Unidos ya estaban atravesando por una fase profunda de declive. Los atentados fueron entonces una reacción al imperialismo norteamericano, y este, a su vez, una consecuencia de la pérdida de legitimidad y aceptación mundial de

su liderazgo que lo impulsa sistemáticamente a llevar a cabo prácticas de dominación violentas. El 11/S, por tanto, no es más que una continuación de los tantos 11/S en miniatura que han existido antes y que existirán hasta que desaparezca la dominación norteamericana.

Hasta cierto punto, la propuesta de Wallerstein se corresponde con lo planteado en este estudio. Es un hecho que los actos de al-Qaeda adquieren una lógica ascendente en la medida en que Estados Unidos lleva a cabo prácticas de dominación —coercitivas— en el mundo musulmán. Pero es difícil aceptar que estas prácticas se llevaron a cabo en un momento de declive profundo de la hegemonía norteamericana. Y allí donde fallan Huntington y otros orientalistas en sus ideas “esencialistas” —el argumento de que los islamistas son antimodernos por el hecho de ser los *otros*—, la idea de Wallerstein puede tambalear cuando sostiene que el auge de los movimientos antisistémicos se corresponde con las crisis cíclicas del capitalismo —fase B de Kondratieff—, que lleva a los diversos actores a buscar salidas “utopísticas” a la era del capital global. Osama bin Laden y sus seguidores no son anticapitalistas ni antimodernos; los islamismos militantes se decidieron a combatir más bien al imperialismo en *otras* circunstancias particulares que genera la dominación global estadounidense, como veremos.

Las interpretaciones realistas

Esas circunstancias particulares se encuentran en el nivel del sistema internacional, pero están en directa relación con la política internacional y específicamente con la hegemonía norteamericana y la guerra global contra el terrorismo.

El terrorismo y la guerra contra el terrorismo han llevado a muchos autores a considerar la creciente influencia de los actores no estatales, que socavan la preponderancia del Estado, y a pensar que en adelante prevalecerán las guerras “posmodernas” en lugar de las rivalidades tradicionales entre las grandes potencias (van Creveld, 1991; Gordon, 2007; un balance en David, 2009). Sin embargo, aquí hay mucho de exageración. Es cierto que al-Qaeda se ha beneficiado de la globalización. También lo es el hecho de que los atentados perpetrados

desde el 11/S han planteado otros retos a la seguridad tradicional, y, de hecho, los conflictos y las estrategias asimétricas están siendo utilizados por los Estados y los actores no estatales que rivalizan con los Estados Unidos. Pero las formas de seguridad y las rivalidades tradicionales entre los Estados siguen marcando la gran política del poder (Layne, 2004). ¿De qué manera, entonces, encajaría al-Qaeda en una óptica realista? ¿Ha modificado el terrorismo y la guerra asimétrica los marcos de comprensión del equilibrio del poder y la hegemonía como instrumentos analíticos centrales del realismo?

Desde una óptica realista, al-Qaeda puede ser interpretada de dos maneras, ninguna excluyente de la otra: la primera se relaciona con las organizaciones políticas que usan la violencia para conseguir sus fines políticos. Y la segunda con la estrategia del equilibrio asimétrico. Veamos.

Al-Qaeda y la geopolítica mundial

Aparte del hecho de que al-Qaeda es un movimiento delineado por la práctica y el discurso de las sociedades islámicas y el Islam Político, sus actividades son también reconocidas como un tipo de comportamiento político habitual en la política internacional: “el uso de la violencia armada contra un Estado (o Estados) para alcanzar el objetivo político claramente definido” (Layne, 2004, p. 107). La violencia terrorista tiene ciertas particularidades. Algunos estudiosos de la sociología de los movimientos sociales y la violencia política han venido mezclando los actos terroristas con otras formas de violencia colectiva; conciben estos actos como reivindicaciones violentas globales de destrucción coordinada, respuestas letales o campañas de aniquilación dirigidas contra la propiedad y las personas (Bergesen y Lizardo, 2004, p. 40; Koopmans, 1993). Los actos terroristas son sin duda formas de violencia colectiva y destrucción coordinada, pero no tienen necesariamente lógicas causales y vínculos teóricos con los demás incidentes violentos que llevan a cabo otros movimientos sociales —de raza, sindicales, protestas sociales—. Más bien, como dice Bruce Hoffman, el terrorismo es “sobre poder: la búsqueda del poder, la adquisición del poder y el uso del poder para lograr un

cambio político” (2006, pp. 14-15). La violencia terrorista que lleva a cabo al-Qaeda es, en esencia, políticamente revolucionaria.

Además, los actos terroristas están cargados con un fuerte valor inquisitivo, prejuicio que se vislumbra en la máxima: *mientras que para alguien es un acto terrorista, para otro es un luchador por la libertad* (Johnson, 2004a, 2004b). El terrorismo internacional puede ser definido como el uso o amenaza del uso deliberado de la violencia por un actor no estatal o estatal, dirigido contra la población civil para conseguir un objetivo político (Roy, 2007; Mann, 2004⁸); es internacional porque sus perpetradores y sus objetivos involucran al menos a dos países, o a objetivos internacionales en el interior de un país. Por tanto, si bien se reconoce que el terrorismo es una forma de violencia política, esta denominación pretende aparecer como una categoría neutral —los Estados también pueden implementar prácticas terroristas—, con sus lógicas causales independientes aunque interconectadas con otras variables teóricas que van más allá de la violencia social tradicional. Una de sus particularidades es, justamente, que aparece como una forma *racional* de conflicto asimétrico, en cuanto es un medio que usan los débiles contra los fuertes (Clausewitz, 1999; Betts, 1998; Chomsky (2003) cree que el terrorismo también es un arma de los poderosos).

El uso racional de la violencia para avanzar en su objetivo político fue implementado por al-Qaeda como una estrategia claramente diseñada contra “la hegemonía geo-cultural de Estados Unidos” (Layne, 2004, pp. 107-108). John Mearsheimer (2011) señala que los radicales islamistas actúan pensando siempre en los Estados Unidos como el enemigo reconocido, por su apoyo decidido a Israel, a los regímenes árabes dictatoriales y represivos, y por el asalto al suelo del Islam (cfr. Burgat, 2006). Con esta perspectiva, es claro que los ataques tienen un objetivo geopolítico. Y tienen, además, una concepción estratégica: al querer eliminar a sus enemigos *cercanos* y *lejanos*, los ataques terroristas buscan provocar una reacción violenta exagerada de los Estados Unidos, y así incitar el descontento popular de los musulmanes, lo que

⁸ Un balance sobre las definiciones oficiales de terrorismo, que sólo incluyen a los actores no estatales, en Wilkinson (2005).

llevaría eventualmente al derrocamiento de los regímenes árabes y el desgaste militar y la quiebra económica de los Estados Unidos (Farrall, 2011; Riedel, 2007).

La hegemonía norteamericana en declive

En principio, la hegemonía norteamericana exagera, o fomenta, los grupos radicales como al-Qaeda y otros movimientos islamistas. Los Estados experimentan un proceso similar. Por otra parte, se ha sostenido que la hegemonía norteamericana es tan inusualmente poderosa que estará destinada a ser la gran potencia mundial por muchos años más, y que los *bárbaros modernos*, que además de al-Qaeda incluyen a algunos Estados disidentes —China, Rusia, Irán, Corea del Norte, Venezuela y Cuba—, no podrán resistirse a la “benevolencia” del poder norteamericano. Según estas versiones, además, las amenazas a la seguridad de Estados Unidos no provienen de su poder y de la forma como lo usa en el mundo, sino de la naturaleza hostil de los diversos actores que operan en un entorno anárquico. La primacía norteamericana, concentrada en grandes capacidades de poder duro y blando, puede canalizarse para atraer las mentes y corazones de las personas para luchar contra el terrorismo y promover regímenes democráticos que hagan más seguro a su país y al mundo, ya sea frente a terroristas, Estados canallas o poderes en ascenso (Nye, 1991, 2003, 2010; Haass, 2008; Thayer, 2006; Mastanduno, 1997, 2009; Jervis, 2009; Gilpin, 1999 [1981]).⁹ La hegemonía norteamericana es benevolente simplemente porque es una hegemonía liberal.

¿Puede un sistema dominado por un poder hegemónico conducir a la paz y a la estabilidad? El poder hegemónico, en la medida en que Estados Unidos se expanda en regiones como el Medio Oriente, Asia Central y Asia Oriental, además de sostener a una Europa equilibrada, ¿no conlleva necesariamente unos costos militares excesivos que desgastarían finalmente su economía? Los costos de la “sobreexpansión” imperial, para usar el término de Paul Kennedy, ¿no comportan un patrón histórico muy conocido de la declinación de una gran potencia,

⁹ Sobre el optimismo del liderazgo norteamericano, ver Krauthammer (1990-1991) y Fukuyama (1994, 2004).

y el ascenso de otras y las respuestas asimétricas —violentas— de los actores estatales y no estatales que se oponen a la dominación global norteamericana?

A diferencia del realismo liberal, creemos que las potencias hegemónicas pueden ganar seguridad para sí mismas en la medida en que cuentan con las mayores capacidades de poder para disuadir, eliminar o subordinar eventuales adversarios, provocando que, al mismo tiempo, los demás Estados perciban una gran amenaza a su seguridad e intereses, por lo que intentarían incrementar sus capacidades de poder y oponerse a la hegemonía imperante (Zakaria, 2000; Mearsheimer, 2001, pp. 29-40, 46-53). Por ello, como afirma Mearsheimer, la gran paradoja del poder hegemónico es que tiene que incrementar sus capacidades permanentemente para sostener o expandir su posición. Proveen bienes públicos internacionales, como una economía abierta y seguridad, no son factores suficientes para atraer a su órbita a los demás.

Tales premisas del realismo ofensivo son aplicables en gran medida al sistema imperante en la inmediata posguerra fría. Estados Unidos ha sido de hecho la gran potencia hegemónica desde entonces, y mientras se disipaba la resaca de la posguerra, durante más de una década, entre 1991 y 2003, la hegemonía norteamericana casi no tuvo ninguna contestación: las potencias medias simplemente trataron de “acomodarse”, y otras se veían limitadas, a pesar de oponerse al poder norteamericano (Walt, 1987, pp. 17-21, 27-32; 2005).

La violencia terrorista y la guerra global contra el terrorismo reforzaron la convicción de que Estados Unidos seguiría contando con las mayores capacidades de poder para actuar en el mundo de acuerdo con sus intereses estratégicos, ampliando su alcance geográfico —en la OTAN, por ejemplo— y en la implantación de una ideología liberal y globalizada que beneficiaría a sus aliados, pero que también situaría más Estados en su órbita. Y tanto en la administración de George W. Bush como en la de Barack Obama, realmente, se han manifestado intenciones de usar la fuerza militar de forma preventiva y en situaciones de respuestas asimétricas en las guerras de insurgencia

y contraterroristas, reforzando la creencia de que Estados Unidos seguiría concentrando grandes capacidades de poder para sostener y expandir su posición hegemónica en el mundo (Thayer, 2006);¹⁰ además, los Estados Unidos siguen contando con diversas herramientas para ejercer el poder y lograr algunos objetivos políticos en el mundo: disuasión nuclear frente a Rusia y China; armas y ejércitos convencionales capaces de derrumbar en semanas regímenes como en Afganistán e Irak, o a través de coaliciones militares, como en Libia; incentivos económicos, cuando busca acercar gobiernos reticentes y ambiguos en la lucha contra el terrorismo, como Pakistán; y, finalmente, una diplomacia ambivalente entre el multilateralismo y el unilateralismo, en muchos casos en menoscabo de la ONU (un balance en Ghotme, 2011). La actual “primavera árabe” es una prueba de que Estados Unidos puede seguir liderando la alianza occidental para continuar promoviendo un mundo a su imagen y semejanza, esto es, *liberal, pacífico y democrático*.

Al mismo tiempo, sin embargo, Estados Unidos ha experimentado un verdadero descenso de sus capacidades relativas de poder, haciéndose incapaz de conseguir los resultados políticos deseados; las hegemonías no son permanentes. Una de las razones es el ascenso de otros competidores, y otra se refiere a los costos de la “sobree expansión” imperial, como veremos enseguida (Kennedy, 1989, p. 627).¹¹

El equilibrio en ascenso

A partir de la guerra de Irak de 2003, las grandes potencias en ascenso —China y Rusia, además de una Alemania poderosa reticente en la Unión Europea y la alianza occidental, India, Turquía, Brasil y otros Estados— no han visto con buenos ojos la forma como Estados Unidos usa su poder en el mundo. De hecho, no existe ninguna razón para creer que otros Estados vayan a acomodarse permanentemente a una situación de hegemonía, por más que esta sea benevolente.

¹⁰ Una crítica realista en Layne (2006) y Mearsheimer (2011), quienes proponen una estrategia de retraimiento o de equilibrio extraterritorial.

¹¹ Finnemore (2009), quien considera que la legitimidad de la hegemonía estadounidense conlleva al mismo tiempo límites, tales como la institucionalización; Ver también Walt (2009, 2011); Layne (2006) y Ghotme (2011); una revisión actualizada del debate en Keohane (2012).

En política internacional, como dice Kenneth Waltz (2000), una gran acumulación de poder conlleva desconfianza, inestabilidad y temor por parte de otros Estados, que buscan necesariamente equilibrarse para mejorar su situación. Los Estados confían sobre todo en las capacidades de poder como mecanismos compensatorios que les generarían *satisfacción* (un balance en Layne, 2004).

Desde la década de los noventa, incluso, algunos Estados, aunque mantenían una postura prudente, de labios para adentro utilizaban una mordaz retórica contrahegemónica, como fue el caso de China y Rusia a mediados de dicha década; la guerra del Golfo de 1991, la intervención humanitaria en Somalia y Kosovo, y la creciente expansión de Estados Unidos en Asia Central y el Medio Oriente no dejaron de plantear temores sobre la idea que representaba un *momento unipolar* (Rodman, 2000; Waltz, 2000, pp. 27 y ss.). Con la guerra global contra el terrorismo y las formas de “intervencionismo liberal”, posteriormente, las potencias emergentes han percibido que la estrategia norteamericana consistía definitivamente en preservar su hegemonía y expandirla.¹²

Las hegemonías producen respuestas contrahegemónicas. Estados Unidos, de hecho, representa adicionalmente una amenaza a la seguridad de los demás actores desde que se dejó arrastrar por la idea de una hegemonía revestida de *dominación global* (Mearsheimer, 2011).¹³ La decadencia de los imperios se da, fundamentalmente, por el mal uso que hacen del poder que sigue irremediablemente a su concentración (Waltz, 2000, p. 28). No solo los Estados se han rebelado. Sin duda, al-Qaeda ha reaccionado al imperialismo norteamericano, y de hecho

¹² La concepción del terrorismo y la guerra global contra el terrorismo ha demostrado más continuidades que cambios en la élite de la política exterior norteamericana y en la opinión pública, desde el gobierno de Reagan hasta el de Obama (Jackson, 2011). En otro aparte ya habíamos mostrado (cfr. *supra* nota 1) que el gobierno de Obama dio continuidad a los tres instrumentos del gobierno Bush para llevar a cabo la guerra contra el terrorismo —la guerra preventiva, la eliminación del liderazgo de al-Qaeda y el combate de las ideas “extremistas” con ideas “democráticas”—, aunque Obama ha modificado el primer instrumento hacia formas más *liberales*.

¹³ Cfr. Kennedy (1989), refiriéndose a la “sobreexpansión” imperial. En otro lugar expusimos las formas como se llevan a cabo las formas de equilibrio clásico o “duro” entre los Estados relevantes del sistema (Ghotme, 2011).

lo exacerba. Al-Qaeda es heredero del islamismo anticolonialista de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, adaptado a las versiones *salafistas* saudíes y puritanas egipcias del islamismo político, como vimos atrás, pero también es el producto de una *aventura* geopolítica: la invasión soviética a Afganistán, en la que justamente es fundado. Como catalizador definitivo para concebir un movimiento islámico internacional, desempeñan un papel crucial los discursos y las prácticas de resistencia regional antiimperialista-sionista (el conflicto entre Palestina e Israel) y las guerras de invasión en Irak, Chechenia y Afganistán; y la presencia de bases o tropas de entrenamiento norteamericanas en el cuerno de África, la península arábiga, el Magreb y el sudeste asiático, entre otros factores, como el apoyo político que da Estados Unidos a las autocracias de la región (Mearsheimer, 2011; Burgat, 2006).¹⁴

¿Podemos atribuir por ello a los actos de al-Qaeda alguna forma de equilibrio? La violencia terrorista, ¿puede encajar en las concepciones clásicas del equilibrio del poder? Si nos atenemos a una caracterización clásica del equilibrio, la respuesta a primera vista es un “no”. Tal caracterización refleja en principio un mecanismo de relación entre Estados. Según la teoría del equilibrio, los Estados buscan generar contrapesos a través de la generación de capacidades de poder —especialmente militares, económicas, tecnológicas y culturales— o la formación de alianzas —o una combinación de ambas, que podría incluir el recurso de la guerra—, para tratar de mantener una situación favorable frente a una eventual o real potencia hegemónica (Layne, 2004).

Si seguimos esa versión clásica del equilibrio del poder, son los Estados los que pueden emprender mecanismos de equilibrio internacional; pero en el sistema contemporáneo se pueden incluir dos formas más de equilibrio: el “suave” y el “asimétrico” (un balance en Paul,

¹⁴ Después de los atentados del 11/S, Estados Unidos reforzó su presencia estratégico-diplomática en el mundo, pero el 11/S fue tanto un catalizador como una consecuencia de la “sobree expansión” imperial, independientemente de si Bush tuvo o no un enfoque militarista de las relaciones internacionales; los imperativos del sistema estaban ya en marcha (ver Viotti y Kauppi, 2009, sobre los niveles de análisis).

2004). A pesar de que al-Qaeda carece de las capacidades materiales y del estatuto de legalidad que les permite a los Estados llevar a cabo una práctica de equilibrio mediante la consecución de recursos de poder, representa, sin embargo, algunos de los atributos clave del equilibrio: la idea de un contrapeso, oposición o resistencia a una hegemonía (Layne, 2004). Al-Qaeda ha implementado una táctica sofisticada de equilibrio asimétrico.

Tal situación se refleja de tres maneras. En primer lugar, al-Qaeda puede socavar la hegemonía norteamericana políticamente, en la medida en que intenta deslegitimar su presencia en el mundo arabo-musulmán, debilitando su liderazgo y legitimidad mundiales y, particularmente, generando resistencias en algunos de sus socios militares en diversas campañas de ocupación imperial, como Afganistán e Irak —como sucedió con el retiro de las tropas holandesas, españolas, japonesas y de otros aliados—.¹⁵

En segundo lugar, tal y como vimos en la sección anterior, llevando a aumentar los costos —sin beneficios— de mantener o atraer la hegemonía imperial estadounidense en diversos escenarios bélicos. Uno de los casos más ilustrativos es la invasión a Irak de 2003, evacuado y *desmilitarizado* a fines de 2011. Aunque en un principio la invasión reflejó una fácil conquista militar, y aunque entre 2007 y 2010 la violencia haya disminuido notoriamente —recuérdese el plan *Surge* llevado a cabo por el general Patreus—, el resultado deseado no refleja para nada los planes iniciales presentados en el momento de la invasión. No solo aparecen factores como la impopularidad de una guerra emprendida a través de la *mentira*, las más de 4500 tropas norteamericanas dadas de baja, cerca de 32 000 heridas y más de 50 000 inutilizadas; o una campaña presidencial que llevó a Obama al poder, después de una crisis moral y económica, obligándolo a replantear la estrategia contrainsurgente en Irak y decidiendo trasladar las tropas a Afganistán —otro atolladero—; o un sobrecosto total que se estima entre dos y tres billones de dólares, incluyendo los gastos *adicionales* del presupuesto de Estados Unidos; también en-

¹⁵ Sobre el papel del liderazgo y la legitimidad, ver Gilpin (1999 [1981], pp. 30-34).

contramos que la invasión a Irak, paradójicamente, abrió las puertas a la influencia iraní, al chiismo político —que en verdad fue un gran catalizador de la salida norteamericana— y a la violencia sectaria, un factor que seguramente será manipulado por fuerzas regionales, como Turquía, utilizándolo como un instrumento más del equilibrio regional frente a Siria e Irán. Y finalmente, si agregamos que con la invasión pretendía apropiarse de la riqueza petrolera iraquí, ¿qué es lo que explica, por ejemplo, que los mayores contratos petrolíferos estén en manos de compañías chinas?¹⁶

Estados Unidos sigue siendo la potencia mundial con la mayor inversión en armamento y tecnología militar, superando los gastos hechos por los demás países del mundo de manera combinada. La superioridad que representa su vasta flota marítima y aérea le permite controlar las diversas rutas oceánicas y terrestres en cualquier parte del mundo, y su dominio del espacio es incontestable. Pero los costos se han incrementado rápidamente, y, de hecho, los “retornos” en la inversión han mostrado más bien una caída. Por ejemplo, mientras los fondos creados para la adquisición de armas no pasan del 60% del presupuesto, los costos reales de la adquisición superan el 120% (Parent y MacDonald, 2011).¹⁷ El costo del mantenimiento de la supremacía militar norteamericana —tanto sus compromisos diplomático-estratégicos como los gastos reales del presupuesto federal de defensa—, si bien ha disminuido a un 4% del PIB, este porcentaje aún sigue representando una proporción superior a los gastos destinados al bienestar doméstico (Parent y MacDonald, 2011). Los “problemas” de la clase media en gran medida se sustentan en este dilema, y todo parece indicar que su malestar va a llevar al gobierno a incrementar el porcentaje del PIB destinado a la recuperación de las condiciones socioeconómicas del norteamericano medio, disminuyendo, por tanto, el presupuesto destinado a la inversión militar.

La variabilidad o vulnerabilidad de la alianza occidental liderada por Estados Unidos demuestra, con los casos de la guerra de Irak y la

¹⁶ Un balance en Parker (2012); el debate en Blinken (2012).

¹⁷ Más adelante veremos que a pesar de la superioridad militar, Estados Unidos no consigue los resultados deseados en contextos de guerras asimétricas.

última crisis financiera internacional, una vuelta al proteccionismo y al nacionalismo, como en Gran Bretaña y Alemania. En este último caso, la economía norteamericana ha demostrado ser muy endeble ante la crisis y sus aliados europeos. Gran parte de la ilusión en torno a una economía poderosa se desvaneció con los dos “déficits gemelos”: el déficit imparable del presupuesto federal, y el déficit en la balanza comercial.¹⁸

El escenario fiscal es realmente alarmante. En el 2009 la deuda federal llegaba al 67% del PIB, más del doble registrado en 1999. Al presidente Obama le ha costado —y de hecho aún no ha conseguido— lograr un acuerdo con los republicanos en torno a una reforma fiscal. La creciente dependencia de las importaciones estadounidenses, junto con una alta tasa de préstamos, mantiene igualmente el déficit comercial en tasas que para el 2009 superaban el 6% del PIB (Parent y MacDonald, 2011). Ante el déficit comercial, Estados Unidos se enfila paulatinamente hacia los capitales que inyecta la economía china, no solo para financiar sus gastos, sino también para mantener la posición del dólar como moneda de reserva mundial. Mientras tanto, la inmigración, el desempleo y el “estancamiento” de la clase media encienden los debates sobre las verdaderas razones del movimiento “Ocupa Wall Street”. Aunque la economía norteamericana sigue siendo la más grande del mundo —aún es el principal exportador de bienes y servicios—, su posición decrece paulatinamente y de hecho está en una verdadera situación de “peligro”. Entre 1999 y 2010 la participación de Estados Unidos en el PIB mundial pasó del 23 al 20%, y se pronostica que el “salto” de la economía china, que pasó del 7% a representar un PIB mundial del 13%, podría igualar e incluso superar la de Estados Unidos alrededor de 2015 (Parent y MacDonald, 2011).

En tercer lugar, quizás un resultado favorable de la guerra global contra el terrorismo haya sido que al-Qaeda no represente una amenaza real a la seguridad internacional, pero la guerra contra el terrorismo,

¹⁸ Según los términos del FMI (2011); cfr. Kennedy (1989, pp. 641-642), Ferguson y Kotlikoff (2003) y Layne (2006).

al mismo tiempo, ha conllevado otro efecto inesperado para la élite de la política exterior norteamericana: el uso de respuestas asimétricas por parte de las grandes potencias emergentes y de las potencias regionales. Como vimos, la guerra contra el terrorismo refleja el resultado de una estrategia deliberada de al-Qaeda para atraer la presencia militar de Estados Unidos en el Medio Oriente y atacarlos en su territorio. Los términos *guerra asimétrica*, *amenazas asimétricas*, y *estrategias asimétricas* son términos que los analistas y estrategas han vuelto a poner sobre el tapete (Layne, 2004; Paul, 1994). Si la estrategia norteamericana en la guerra global contra el terrorismo ha incorporado el instrumento de ataques y guerras de carácter preventivo, ¿por qué no habrían de temer las potencias emergentes un eventual ataque contra ellas o simplemente ver amenazada su seguridad? Bajo esta hipótesis, que refuerza la creencia en la necesidad de buscar equilibrios, es que las respuestas asimétricas pueden constituirse en el instrumento más adecuado de los demás Estados que compiten o tratan de repeler la hegemonía en la fase de transición, es decir, cuando todavía no cuentan con las capacidades necesarias. Las respuestas asimétricas se definen esencialmente por presentar diversas instancias, que van desde la búsqueda de objetivos limitados hasta la moral que provee el “propósito”. Dice Layne: “El equilibrio del propósito refleja las asimetrías en la motivación: si los riesgos son mayores para el poder más débil, podría estar dispuesto a asumir mayores riesgos, y pagar costos más altos que los que un defensor considera como el riesgo menos vital para sus propios intereses de seguridad” (2004, p. 116).

Una respuesta asimétrica consiste sencillamente en una confrontación *indirecta* de los menos poderosos frente a los más poderosos. China, por ejemplo, ha desafiado a Estados Unidos atacando sus satélites de comunicación e inteligencia; y algunos Estados, como Irán y Siria, promueven a los grupos radicales para desafiar la dominación israelí y norteamericana en el Medio Oriente. Los Estados menos poderosos pueden oponerse a la hegemonía desde un punto de vista diplomático. La oposición a la guerra de Irak de 2003 y a la intervención en Libia y Siria en el 2011 son ejemplos de equilibrio o diplomacia suave. Pero también puede ocurrir el caso en que las potencias regionales busquen alianzas para impedir que Estados Unidos penetre en los territorios ve-

cinos para llevar a cabo operaciones militares, como el de los países de Asia Central a través del BRIC, o los alineamientos de Corea del Norte con China, y el de Siria con Rusia y China en la actual primavera árabe. La creciente intervención de Estados Unidos en Asia Central, junto con el abatimiento de bin Laden, han llevado a deteriorar las relaciones con Pakistán y a provocar un profundo antiamericanismo; y el hecho de que Pakistán haya reflejado una posición ambigua en la guerra contra el terrorismo, demuestra en uno u otro caso que utiliza a los “terroristas” como una estrategia asimétrica para asegurar su supervivencia en un entorno plagado de enemigos cercanos y lejanos. En el sistema internacional contemporáneo las potencias emergentes no han forjado mecanismos de compensación militar, pero algunas alianzas —como el BRIC—, además del hecho de que algunos Estados estén fomentando alineamientos con otras potencias regionales, refuerzan la necesidad de compensación del poder que genera el comportamiento norteamericano.

A pesar de la enorme superioridad militar de Estados Unidos, como vimos, tanto en Irak como en Afganistán los estrategas y los políticos no han logrado conseguir los resultados deseados: la insurgencia, el tribalismo y el nacionalismo —religioso— desempeñan un papel crucial a la hora de entender las razones del fiasco en el Medio Oriente. Los intentos de expulsar y derrotar a los talibanes en Afganistán han sido costosos y de hecho han fallado; ¿no ha demostrado la experiencia histórica, además, que las intervenciones militares extranjeras raramente funcionan cuando se trata de imponer un régimen democrático? Si contamos con el hecho de que estas intervenciones casi nunca tienen éxito desde el punto de vista militar, ¿no deben, los estrategas de la hegemonía, identificar por lo menos *las* condiciones preexistentes en una sociedad para llevar a cabo la transición? (Walt, 2011; Downes, 2010; Layne, 2006). La democracia no llega en paracaídas.

En Libia, cuya revuelta fue iniciada por una coalición entre tribus y al-Qaeda, se vive un caos generalizado. El CNT a lo sumo controla algunos barrios de Trípoli, y las verdaderas relaciones de poder giran en torno al tribalismo y al islamismo militante de al-Qaeda o el Grupo Islámico de Combate Libio; el ataque del 11 de septiembre de 2012

al consulado norteamericano en Bengazi, perpetrado por islamistas radicales enfurecidos, es revelador.

La Primavera Árabe comenzó siendo un proceso de reivindicación democrático no violento, pero la sospecha de que Al-Qaeda en Irak o las Brigadas de Abdullah Azzam estén comandando miles de combatientes en la guerra civil siria, y de que se muevan a través de la frontera iraquí o turca con todas las facilidades, indica que al-Qaeda tiene aún margen de acción en ciertos escenarios arabo-islámicos. Por otra parte, la imparable violencia confesional y política en Irak, además de las tensiones internas, reafirman el doble fracaso norteamericano para debilitar la táctica de al-Qaeda, centrada en ataques escalados a través de células clandestinas, y la imposibilidad de sostener un gobierno que debería generar estabilidad en su nombre.

Volviendo a Afganistán, no hay duda de que Estados Unidos infravaloró todas las opciones contraproducentes que conllevaba una guerra asimétrica en suelo afgano, donde están ahora la mayor parte de los recursos, agotando a la economía norteamericana por los gastos de ocho billones de dólares mensuales que conlleva la ocupación. Aunque Afganistán no es la repetición de un Vietnam —por lo menos no del todo—, y si bien al-Qaeda no es el responsable exclusivo de esta situación, los costos de la guerra y la disminución de sus recursos e influencia diplomática pueden considerarse como una prueba del repliegue de la hegemonía norteamericana (Malkasian y Weston, 2012; Hadley y Podesta, 2012).

En realidad, el equilibrio contrahegemónico que implementan los actores no estatales de la violencia internacional no lleva a la revisión de los enfoques tradicionales del equilibrio del poder, un mecanismo de relación inherente de los Estados. Los actos de al-Qaeda, sin embargo, han llevado a Estados Unidos a planear y ejecutar la guerra global contra el terrorismo, y precisamente este efecto ha planteado serios cuestionamientos a la hegemonía norteamericana por parte de otros Estados que utilizan los mecanismos del equilibrio suave y asimétrico. Al tratar de minar la hegemonía norteamericana, al-Qaeda pretende lograr cambios en la gran estrategia de Estados Unidos en el mundo arabo-musulmán; pretende, a todas luces, buscar un me-

canismo de *equilibrio* a través de “contragolpes” asimétricos contra el rol dominante de los Estados Unidos en la política mundial.

Recapitulación

Para abordar el estudio de un actor no estatal como al-Qaeda y el impacto que puede tener en el sistema internacional, es necesario tener en cuenta cuatro principios, a saber:

1. Los Estados son los actores preponderantes en el sistema.
2. Los Estados pueden influenciar o determinar la conducta de los actores no estatales, en cuyo caso Al-Qaeda no debe considerarse (ver el cuarto principio).
3. La naturaleza de los actores no estatales se concibe según la *realidad* internacional anárquica y las dinámicas sociales y político-estratégicas, en lugar de esta determinada por la *globalización*, aunque en todos los casos esta desempeñe un papel preponderante como instrumento de movilización.
4. Los actores no estatales, cuando son independientes de los Estados, pueden influenciar, promover o acelerar procesos de cambio en las relaciones internacionales, cuyos mecanismos de interacción preponderantes son el equilibrio del poder y la hegemonía.

El islamismo internacional —en cabeza de al-Qaeda—, lejos de representar una forma reactiva-negativa de la globalización, más bien se la apropia; toma su infraestructura y logística comunicativa, la adapta a su discurso y la usa para sus propósitos. Su lucha no está determinada por un choque de civilizaciones o culturas, alguna patología criminal o una lucha contra la pobreza o el subdesarrollo.

En realidad, al-Qaeda se explica mejor de acuerdo con dos dinámicas: el islamismo político y la lógica político-internacional imperante en el sistema contemporáneo. Por una parte, al-Qaeda está imbuida de una ideología islámica radical que concibe el triunfo del Islam *verdadero* por encima de otras versiones *apóstatas* o moderadas, cuya intención final es lograr un Estado islámico moderno depurado de los valores occidentales. Por otra parte, creemos que al-Qaeda no adquirió una lógica ascendente en la fase descendente de la hegemonía nort-

americana. Por el contrario, al-Qaeda se entiende mejor como un movimiento cuyo discurso de resistencia, materializado a través de redes internacionales que domina desde arriba, se funda principalmente en una dinámica de la política internacional relacionada con la hegemonía norteamericana y las estrategias asimétricas que han implementado los competidores estatales y no estatales frente a la guerra global contra el terrorismo y las formas de intervencionismo liberal llevadas a cabo por Estados Unidos.

Como vimos, en esta lógica se discutió sobre el declive de la hegemonía norteamericana tras un breve periodo de la posguerra fría, en el que se consolidó el poderío norteamericano y se expandieron sus intereses a lo largo del mundo —musulmán—. Por una parte, los realistas liberales perciben la hegemonía norteamericana como algo benevolente, destinado a durar muchos años más y a ofrecer bienes públicos internacionales que favorecerán a sus aliados y a su propia seguridad e intereses. Recomiendan que Estados Unidos preserve la primacía que ha conseguido en las últimas décadas, ya que una estrategia de repliegue solo impulsaría a sus enemigos y competidores a ver su posición más vulnerable. Cualquiera que sea su posición en la política internacional, las condiciones anárquicas del sistema animarán a los demás actores a conquistar los bienes y la posición que Estados Unidos ha conseguido en el mundo. Por otra parte, los realistas de línea dura, que solo confían en las capacidades de poder para que los Estados logren una posición satisfactoria en el sistema, sostienen que la hegemonía norteamericana está en una fase muy pronunciada de repliegue, no solo porque carece de las capacidades de poder, sino también porque Estados Unidos se ha dejado llevar por la “trampa” de la dominación imperial; las tentaciones de la sobreexpansión imperial profundizaron las respuestas contrahegemónicas, tanto de los Estados como de los actores no estatales. Es ahí donde sobresale al-Qaeda.

Compartimos esta última premisa. Las respuestas contrahegemónicas de los Estados y de los actores no estatales se han centrado tanto en respuestas diplomáticas suaves como en estrategias asimétricas. Al-Qaeda ha conseguido que Estados Unidos lleve a cabo la guerra global contra el terrorismo en su propio terreno, y aunque tal mecanismo

de dominación imperial se venía fraguando desde antes del 11/S, y tal guerra pudo haberse manifestado alternativamente mediante otros pretextos o instrumentos —por ejemplo, el imperialismo liberal, como el de Clinton u Obama—, el hecho es que Estados Unidos se ve forzado a involucrarse cada vez más en tareas de *dominación global*. Los Estados en ascenso se opusieron en diversos frentes. Tanto las potencias regionales como las potencias mundiales emergentes han desplegado expedientes diplomáticos y estrategias asimétricas para oponerse al poder norteamericano. También es cierto que al-Qaeda no es el responsable exclusivo de los gastos que conlleva la dominación estadounidense en el mundo musulmán. Los costos de la sobreexpansión presuponen a priori tal retraimiento. Pero no es menos cierto que al-Qaeda promovió o aceleró ese proceso.

Al-Qaeda tampoco sería el responsable de la alteración del tablero mundial de las polaridades; aunque bien se constituye como un actor que desafía la primacía norteamericana y la seguridad internacional, es muy poco probable que llegue a constituirse en un actor estatal/califal paralelo a otros Estados. Más importante aún es el hecho de que los demás Estados pueden recurrir por sí solos a mecanismos de compensación contrahegemónicos, sin que necesariamente los grupos de resistencia violenta hayan procurado seguir una estrategia asimétrica con anterioridad. De nuevo, sin embargo, al-Qaeda impulsó el camino hacia la transición. Su importancia radica justamente en que ha podido demostrar que los actores no estatales pueden influenciar el comportamiento de los Estados y en que pueden constituirse en movimientos de resistencia antiimperialista, independientemente de la posición que ocupen en el sistema internacional.

Referencias

- Ali, T. (2005). *El choque de los fundamentalismos: cruzadas, yibads y modernidad*. Madrid: Alianza.
- Alkhalifa, W. (2007). *El ala radical del Islam. Islam Político: realidad y ficción*. Madrid: Siglo XXI.
- Arquilla, J. y Ronfeldt, D. (2003). *Redes y guerras en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político*. Madrid: Alianza.

- Arrighi, G. y Silver, B. (2000). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal.
- Asad, T. (1993). *Genealogies of religion: discipline and reasons of power in Christianity and Islam*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Ayubi, N. (1996). *El Islam Político. Teorías, tradición y rupturas*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Barber, B. (2001). *Jihad versus Mc World: terrorism's challenge to democracy*. New York: Ballantine Books.
- Barnavi, É. (2007). *Las religiones asesinas*. Madrid: Turner.
- Benjamin, D. y Simon, S. (2002). *The age of sacred terror*. New York: Random House.
- Berger, P. (1999). *The desecularization of the world: the resurgence of religion in world politics*. Washington: Ethics and Public Policy Center.
- Bergesen, A. (1990). Turning world-system theory on its head. *Theory, Culture & Society*, 7, 67-81.
- Bergesen, A. y Lizardo, O. (2004). *International terrorism and the world-system*. *Sociological Theory*, 22, 38-52.
- Betts, R. (1998). The new threat of mass destruction. *Foreign Affairs*, 77 (1), 26-41.
- Blinken, A. (2012). Is Iraq on Track?: democracy and disorder in Baghdad. *Foreign Affairs*, 91 (4), 152-154.
- Boli, J. y Thomas, G. (Eds.). (1999). *Constructing world culture: international non-governmental organizations since 1875*. Stanford: Stanford University Press.
- Boucek, C. (2009). Yemen: avoiding a downward spiral. *Carnegie Papers*, Middle East Program, No. 102. Recuperado de http://www.carnegieendowment.org/files/yemen_downward_spiral.pdf.
- Burgat, F. (2006). *El islamismo en tiempos de al-Qaida*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Campanini, M. (2003). *Islam y Política*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Campos, N. y Gassebner, M. (2009). *International terrorism, political instability and the escalation effect*, Bonn, IZA, Discussion Paper No. 4061.
- Chomsky, N. (2003). *Poder y terror: reflexiones posteriores al 11-09-2001*. Barcelona: RBA.
- Clausewitz, K. (1999). *De la guerra: táctica y estrategia*. Barcelona: Idea Books.
- Cohn, J. (2010). *Islamist radicalism in Yemen*. Council on Foreign Relations. Recuperado de <http://www.cfr.org/yemen/islamist-radicalism-yemen/p9369>.

- Creveld, M. (1991). *The transformation of war: the most radical reinterpretation of armed conflict since Clausewitz*. New York: Free Press.
- David, C. P. (2009). *La guerra y la paz: Enfoques contemporáneos sobre seguridad y estrategia*. Barcelona: Icaria.
- Downes, A. (2010). *Catastrophic success: foreign-imposed regime change and civil war*. Duke University. Recuperado de http://www.duke.edu/~downes/DOWNES_CATASTROPHIC%20SUCCESS_JULY2010.pdf
- Durkheim, E. (1988). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Fallaci, O. (2006). *La rabia y el orgullo*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Farrall, L. (2011). How al Qaeda works. What the organization's subsidiaries say about its strength. *Foreign Affairs*, 90 (2), 128-136.
- Ferguson, N. y Kotlikoff, L. (2003). Going critical: American power and the consequences of fiscal overstretch. *The National Interest*, 73, 22-32.
- Finnemore, M. (2009). Legitimacy, hypocrisy, and the social structure of unipolarity: why being a unipole isn't all it's cracked up to be. *World Politics*, 61 (1), 58-85.
- Frank, J. Hironaka, A. y Schofer, E. (2000). The Nation-State and the natural environment over the twentieth century. *American Sociological Review*, 65, 96-116.
- Friedman, T. (2002). *Longitudes and attitudes: the world in the age of terrorism*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Fukuyama, F. (1994). *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.
- Fukuyama, F. (2004). *La construcción del Estado: hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona: Ediciones B.
- Ghalioun, B. (1999). *Islam y política: las traiciones de la modernidad*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Ghotme, R. (2011). La configuración del poder en el sistema internacional contemporáneo. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 6, (1), 47-74.
- Ghotme, R. (2012). La reconducción estratégica de al-Qaeda: ¿del liderazgo de Osama bin Laden a la dimensión masiva-popular? *Civilizar*, 12 (22), enero-junio, 111-128.
- Gilpin, R. (1999 [1981]). *War and change in world politics*. New York: Cambridge University Press.
- Gordon, P. (2007). Can the war on terror be won? *Foreign Affairs*, 86 (6), 53-67.

- Graff, C. (2010). *What You should know about Yemen*. The Brookings Institution. Recuperado de <http://www.brookings.edu/experts/graffc.aspx>.
- Haass, R. (2008). The age of nonpolarity: what will follow U.S. dominance. *Foreign Affairs*, 87 (3), 44-56.
- Hadley, S. y Podesta, J. (2012). The right way out of Afghanistan: leaving behind a State that can govern. *Foreign Affairs*, 91 (4), 41-53.
- Hall, M y Jackson, P. (Eds.). (2007). *Civilizational identity: the production and reproduction of 'civilization' in international relations*. New York: Palgrave.
- Hoffman, B. (2006). *Inside terrorism*. Columbia University Press.
- Hoffman, S. (2002). Clash of globalizations. *Foreign Affairs*, 81, 104-115.
- Holsti, K. (1995). *International politics: a framework for analysis*. N. J.: Englewood Cliffs- Prentice-Hall International.
- Hudson, R. (1999). *Who becomes a terrorist and why: the 1999 Government report on profiling terrorists* Guilford: Lyons Press.
- Huntington, S. (1987). The goals of development. En, M. Weiner y S. Hungtinton (Eds.), *Understanding political development* (3-32). New York: Harper Collins Publishers.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Paidós.
- Ikenberry, J., Mastanduno, M. y Wohlforth, W. (2009). Introduction: unipolarity, State behavior, and systemic consequences. *World Politics*, 61 (1), 1-27.
- International Monetary Fund, (2011). *World economic outlook*. Recuperado de <http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2011/01/>
- Jackson, R. (2011). Culture, identity and hegemony: continuity and (the lack of) change in US counterterrorism policy from Bush to Obama. *International Politics*, 48 (2/3), 390-411.
- Jervis, R. (2009). Unipolarity. A structural perspective. *World Politics*, 61 (1), 188-213.
- Johnson, C. (2004a). *Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república*. Barcelona: Crítica.
- Johnson, C. (2004b). *Blowback: costes y consecuencias del imperio americano*. Pamplona: Laetoli.
- Jurgensmeyer, M. (2000). *Terror in the mind of God: the global rise of religious violence*. Berkeley: University of California Press.
- Keck, M. y Sikkink, K. (1998). *Activist beyond borders: adovacy networks in international politics*. Cornell University Press.

- Kennedy, P. (1989). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza y Janés Editores.
- Keohane, R. (2012). Hegemony and after: knowns and unknowns in the debate over decline. *Foreign Affairs*, 91 (4), 114-118.
- Koopmans, R. (1993). The dynamics of protest waves: West Germany, 1965 to 1989. *American Sociological Review*, 58, 637-58.
- Krauthammer, C. (1990-1991). The unipolar moment. *Foreign Affairs*, 70 (1), 23-33.
- Laidi, Z. (1998). *A world without meaning: the crisis of meaning in international politics*. London: Routledge.
- Layne, C. (2004). The war on terrorism and the balance of power: the paradoxes of American hegemony. En T. V. Paul, J. Wirtz y M. Fortmann (Eds.), *Balance of power: theory and practice in the 21st century* (pp. 103-126). Stanford: Stanford University Press.
- Layne, C. (2006). Impotent power? Re-examining the nature of America's hegemonic power. *The National Interest*, 85, 41-47.
- Malkasian, C. y Weston, J. K. (2012). War downsized: how to accomplish more with less. *Foreign Affairs*, 91 (2), 111-121.
- Mallaby, S. (2004). NGOs: Fighting poverty, hurting the poor. *Foreign Policy*, 2004, 51-58.
- Mandaville, P. (2009). How do religious beliefs affects politics? En J. Edkins y M. Zehfuss (Eds.), *Global politics. A new introduction*. New York: Routledge.
- Mann, M. (2004). *El imperio incoherente: Estados Unidos y el nuevo orden internacional*. Barcelona: Paidós.
- Mastanduno, M. (1997). Preserving the unipolar moment: realist theories and U.S. grand strategy. *International Security*, 21, 49-88.
- Mastanduno, M. (2009). System maker and privilege taker: U.S. power and the international political economy. *World Politics*, 61 (1), 121-154.
- McAdam, D. Tarrow, S. y Tilly, C. (2001). *Dynamics of contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great power politics*. New York: Norton.
- Mearsheimer, J. (2011). Imperial by design. *The National Interest*, 111, 16-34.
- Meyer, J., Boli, J., Thomas, G. y Ramirez, F. (1997). World society and the Nation-State. *American Journal of Sociology*, 103, 144-181.
- Ng, A. (2011). In focus: Al Qaeda in the Arabian Peninsula (AQAP) and the Yemen uprisings. *International Centre for Political Violence and Terrorism*

- Research*, 3 (6). Recuperado de <http://www.pvtr.org/pdf/CITA/2011/CITA-June11.pdf>.
- Nye, J. (1991). *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Nye, J. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Bogotá: Taurus.
- Nye, J. (2010). The future of American power: dominance and decline in perspective. *Foreign Affairs*, 89 (6), 2-14.
- Parent, J. y MacDonald, P. (2011). The wisdom of retrenchment: America must cut back to move forward. *Foreign Affairs*, 90 (6), 32-47.
- Parker, N. (2012). The Iraq we left behind: welcome to the world's next failed State. *Foreign Affairs*, 91 (2), 94-110.
- Paul, T. V. (1994). *Asymmetric conflicts: war initiation by great powers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Paul, T. V. (2004). Introduction: the enduring axioms of balance of power theory and their contemporary relevance. En T. V. Paul, J. Wirtz y M. Fortmann (Eds.), *Balance of power: theory and practice in the 21st century* (pp. 1-25). Stanford: Stanford University Press.
- Pieterse, J. (1994). Fundamentalism discourses: enemy images. *Women against Fundamentalism Journal*, 5, 2-6.
- Ramirez, F, Soysal, Y. y Shanahan, S. (1997). The changing logic of political citizenship: cross-national acquisition of women's suffrage rights, 1890-1990. *American Sociological Review*, 62, 735-745.
- Reich, W. (Ed.) (1990). *Origins of terrorism: psychologies, ideologies, theologies, states of mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Riedel, B. (2007). Al-Qaeda strikes back. *Foreign Affairs*, 86 (3), 24-40.
- Robertson, R. (1992). *Globalization: social theory and global culture*. London: Sage.
- Rodman, P. (2000). The world's resentment: Anti-Americanism as a global phenomenon. *The National Interest*, 60, 33-41.
- Roy, O. (2003). *El Islam mundializado: los musulmanes en la era de la globalización*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Roy, O. (2007). *El Islam y el caos: el mundo islámico ante los retos del siglo XXI*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Said, E. (2001). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Said, E. (2008 [1978]). *Orientalismo*. Barcelona: DeBolsillo.
- Sassen, S. (1998). *Globalization and its discontents*. New York: New Press.

- Sasson, J. (2009). *Bajo la sombra del terror: la vida secreta de Osama Bin Laden revelada por su esposa e hijo*. Bogotá: Norma.
- Sklair, L. (1995). *Sociology of the global system*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Slaughter, A. (2004). *A new world order*. Princeton, Princeton University Press.
- Snow, D. y Benford, R. (1992). Master frames and cycles of protest. En A. Morris y C. McMueller (Eds.), *Frontiers in social movement theory* (pp. 133-155). New Haven: Yale University Press.
- Soysal, Y. (1994). *Limits of citizenship: migrants and postnational membership in Europe*. Chicago: University of Chicago Press.
- Stepanova, E. (2008). *Terrorism in asymmetrical conflict. Ideological and structural aspects*. Oxford University Press.
- Thayer, B. (2006). In defense of primacy. *The National Interest*, 86, 32-38.
- Todorov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Tomlinson, J. (1999). *Globalization of culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- Viotti, P. y Kauppi, M. (2009). *International relations and world politics. Security, economy, identity*. New Jersey: Pearson.
- Wallerstein, I. (1998). *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo Veintiuno.
- Wallerstein, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal.
- Wallerstein, I. (2005). *La decadencia del poder estadounidense: Estados Unidos en un mundo caótico*. México: Ediciones Era.
- Walt, S. (1987). *The origins of alliances*. Ithaca: Cornell University Press.
- Walt, S. (2005). *Taming American power: the global response to U.S. primacy*. Nueva York: W.W. Norton.
- Walt, S. (2009). Alliances in a unipolar world. *World Politics*, 61 (1), 86-120.
- Walt, S. (2011). The end of the American era. *The National Interest*, 116, 6-16.
- Waltz, K. (1999). Globalization and governance. *PS: Political Science and Politics*, 32 (4), 693-700.
- Waltz, K. (2000). Structural realism after the Cold War. *International Security*, 25 (1), 5-41.
- Wilkinson, P. (2005). International terrorism: the changing threat and the EU's response. *Institute for Security Studies*, Chaillot Paper, No. 84.

- Williams, P. (2002). Transnational organized crime and the State. En R. B. Hall y T. J. Biersteker (Eds.), *The emergence of private authority in global governance* (pp. 161-181). Cambridge University Press.
- Zakaria, F. (2000). *De la riqueza al poder. Los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*. Barcelona: Gedisa.